



Modalidad: Revisión bibliográfica

Título: Violencia en las relaciones de pareja de adolescentes

Autor: Coral Hernández Vinuesa

Tutor: Estefanía Estévez

Elche, a 12 de Junio de 2017

Resumen

En esta revisión bibliográfica hemos recabado de manera minuciosa, siguiendo determinados criterios de inclusión, cincuenta artículos referidos a la violencia en parejas adolescentes, así como los instrumentos utilizados, sin olvidarnos de la elevada prevalencia de violencia de género. Diferenciamos, a grandes rasgos, tres tipos de violencia: psicológica, física y sexual, y podemos reseñar una gran prevalencia de violencia verbal entre los jóvenes. También analizamos los factores de riesgo como la personalidad, experiencias pasadas en la familia o variables psicopatológicas. A pesar de la escasez de artículos sobre esta cuestión, cuyo estudio científico data desde hace treinta años, si podemos concluir la existencia de diferencias entre la violencia entre parejas adolescentes y la conyugal, y entre las propias parejas jóvenes constatando la existencia de estudios con resultados contradictorios, o al menos que difieren entre ellos.

Palabras clave: “violencia en la adolescencia”, “violencia de género”, “noviazgo”, “factores de riesgo” y “prevalencia”.

In this bibliographic review we have gathered in detail, following certain opinions of inclusion, fifty articles referring to violence in teenage couples, as to the tools used, without overlooking the high widespread of domestic violence. Let's distinguish with ample features, three types of violence: psychological, physical and sexual, and we can identify a great prevalence in verbal violence amongst youngsters. Let's also analyze factors of risk such as personality, past experience in family background and variable mental illness. Despite the shortage of articles over this on this matter, of which scientific investigation dates back thirty years back, we are able to conclude the existence of differences between the young couples and marriages, validating studies with contradictory results, or at least that differ between them.

Keywords: “intimate partner young violence”, “gender violence”, “dating violence”, “risk factors”, “prevalence”

Introducción

La adolescencia es una etapa crucial del desarrollo en la que se amplifica el contacto entre iguales y marca el inicio de las experiencias afectivas y sexuales. De acuerdo con Ortega, Ortega y Sánchez (2008), la adolescencia es una fase de experimentación y aprendizaje en términos afectivos que incluye numerosas formas de relación. Las modalidades de las relaciones afectivo-sexuales de los adolescentes incluyen la fidelidad y los sentimientos, pero suele tratarse de períodos momentáneos y poco profundos. Salir con alguien ya no es la única forma de relación, ya que el fenómeno de "ligar" se ha convertido en lo más común entre los jóvenes en los últimos tiempos, mostrando la plasticidad de sus experiencias (Ferrer et al. 2006).

Ligar puede definirse como encuentros que pueden incluir una variedad de comportamientos sexuales, desde besos hasta el coito, sin expectativas de relación comprometida (Muñoz, Ortega y Sánchez, 2013); mientras que salir con alguien, implica noviazgo, relación con un mayor compromiso y un status oficial ante la familia y la sociedad (Martínez, Murgui, Musitu y Monreal, 2008). De hecho, una característica del término "ligar" radica en su ambigüedad, particularmente para adolescentes que se encuentran dentro de una cultura juvenil que, a veces, puede aprobar o, a veces, reprobar su relación sexual fuera de una relación monógama (Muñoz, Ortega y Sánchez, 2013).

El ingrediente de la violencia en las parejas jóvenes no se ha empezado a estudiar sino desde hace unas décadas. Kanin (1957) fue uno de los primeros autores en recoger esta realidad en un estudio que reflejaba que un porcentaje del 30 % de chicas jóvenes había sido agredida sexualmente por su propia pareja.

El fenómeno fue estudiado más en profundidad por Makepeace en la década de los años 80 y, hoy día, pese a los avances de las tecnologías de la información y de la comunicación, y su uso en la convivencia juvenil, particularmente las redes sociales, la violencia en las parejas de jóvenes no da muestras de una tendencia a su desaparición; hay una línea de investigación incipiente en esta materia (Mrug, y Windle, 2010).

Un dato a considerar, que no es sino un cambio cultural, que influye en el inicio cada vez más temprano de relaciones de pareja, generalmente en la forma de noviazgo o de "ligue" (Rey, 2013); teniendo presente las evidencias que indican que no existen diferencias estadísticamente significativas en la prevalencia de violencia hacia la pareja dependiendo del estatus de la relación: noviazgo, cohabitación, matrimonio (Furman et al. 2002). De hecho, aun cuando las relaciones de parejas adolescentes no involucran habitualmente cuestiones de dependencia económica o preocupaciones sobre el bienestar de los hijos, que pueden influir en la decisión de no abandonar una relación en una mujer adulta, sí pueden contener elementos de intimidad, provisión y recepción de apoyo instrumental, duración

temporal, importancia percibida, que conjeturan poco prudente subvalorar la importancia, satisfacción, proyección o viabilidad de la relación (Pazos, Oliva, y Hernando, 2014).

Los adolescentes experimentan nuevas sensaciones y experiencias en los encuentros con su compañero o compañera. Así, los sentimientos de celos, la desconfianza y el miedo a la traición, unido a la temprana edad de la pareja y la inexperiencia en las relaciones, son factores que pueden indicar el inicio de disputas y malentendidos (Moreno et al. 2009). Siendo conscientes de este problema, muchos estudios se centran en el conflicto en las relaciones afectivo-sexual de los adolescentes, así como la forma en que se maneja.

Los estudios sobre la violencia en parejas adolescentes evidencian que el fenómeno presenta características distintivas que ha propiciado la especialización de los estudiosos (Pazos, Oliva y Hernando, 2014).

Un dato significativo, por ejemplo, es el elevado porcentaje de agresiones verbales por ambas partes (Fernández, Orgazy Fuertes, 2011), que se relaciona con una ausencia de percepción de sus comportamientos como violentos y con la citada inexperiencia relacional.

Por otro lado, se atisba un repunte dentro de la violencia en parejas adolescentes integrada en la violencia de género; según la Organización Mundial de la Salud, OMS (2002), en el Informe mundial sobre la violencia y salud, la violencia contra las mujeres es una de las principales causas de muerte entre el rango de 15 a 44 años, por encima de las guerras, los accidentes de tráfico o los distintos tipos de cáncer. Abusos sexuales, abusos físicos, violaciones usadas como arma de guerra, traumatismos derivados de las agresiones cometidas por varones con los que tienen una relación íntima, el suicidio como solución final, son parte de las consecuencias que la violencia de género tiene para una buena parte de las mujeres del tercer mundo.

La comunidad internacional y organismos como la Organización de Naciones Unidas (ONU) han puesto en valor la importancia de la igualdad de género y el respeto a los derechos de la mujer; no habrá desarrollo, ni se frenará la violencia de género sin la igualdad entre hombres y mujeres y entre iguales (Elboj, Flecha e Íñiguez, 2009).

La elevación de los mitos del discurso del amor romántico parece ser una de las justificaciones más habituales para permitir ciertas actitudes que se parecen mucho a los primeros estadios de la violencia de género, y las redes sociales como principal medio de comunicación entre su grupo de iguales no pueden ser ajenas, y menos cómplices e influyentes de esta lacra social (Rey, 2013).

En cuanto a la perseguibilidad de estos hechos, observamos que la edad de las víctimas dificulta tanto la denuncia como la detección; a modo de ejemplo, en España, de las 27.122 mujeres que sufrieron malos tratos según las estadísticas en 2013, 499 tenían menos de 18 años, y nada más cumplir la mayoría de edad legal en España, la cifra de

mujeres de 18 a 19 años víctimas de violencia de género sube a 856, según el Instituto Nacional de Estadística (INE).

En América Latina y el Caribe las cifras aumentan: en 2009, en Perú, un 22,2% de las mujeres que habían sufrido agresiones físicas por parte de su compañero, tenían entre 15 y 19 años. Según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) en 2012 aproximadamente el 45% de las mujeres de la región afirmaron haber sido amenazadas por su pareja. En el informe de la Fundación ANAR sobre violencia de género (2011), el 67% de las menores atendidas aseguran que no supieron detectarlo (Milosavljevic, 2007). Son los micromachismos (Bonino, 2004): pequeños gestos, límites impuestos que se confunden con autoimposiciones, el control o la humillación, que se confunden con una visión romántica de la protección y la dominación por amor. A modo de ejemplo, el control del móvil de su pareja, por el varón adolescente, es visto por un elevado porcentaje como un acto de amor.

Ahondando en esta franja de edad, se apreció que las relaciones afectivo-sexuales de los adolescentes tienen sus singularidades, tanto en la forma como en su establecimiento, y en cómo se manejan los conflictos y se manifiesta la violencia. No es posible aplicar los mismos supuestos de investigación a la violencia conyugal, ya que el matrimonio, u otra relación estable entre adultos tienen sus propias características, véase mayores compromisos familiares, financieros y legales, lo que trae consigo otras implicaciones. Los adolescentes pasan por una fase de intensa implicación con los compañeros junto con la experimentación con el afecto, lo que afecta la forma en que se relacionan con los demás (Amurrio et al. 2010).

Sin embargo, a pesar de que la inexperiencia puede presentar un riesgo potencial de violencia, precisamente porque los adolescentes están en una etapa temprana de desarrollo de la relación, este punto en el tiempo proporciona una oportunidad para las intervenciones, ya que también están más abiertos a tácticas constructivas de aprendizaje que funcionan para administrar conflictos interpersonales (Moylan et al. 2010). De esta manera, la exploración del tema tiende a apoyar las acciones futuras de difusión entre los profesionales de la salud y la educación.

Dos características principales diferencian (Rodríguez, Antuña y Rodríguez, 2001) entre la violencia en una pareja casada y las parejas que conviven juntos, o parejas no casadas, la edad que es menor en estos últimos y la no influencia de las responsabilidades paternas, temas económicos u otras relaciones contractuales. También diferenciamos las razones de inicio y continuidad.

Weisz, Tolman, Callahan, Saunders y Black (2007), sugieren, como principal factor desencadenante de la violencia de género entre adolescentes la falta de madurez y de

preparación para hacer frente a los problemas que originan las relaciones románticas; otros autores aportan un hecho preocupante, la replicación de las acciones vividas en la adolescencia en la etapa matrimonial o conyugal (Browne y Herbert, 1997; Muñoz, Rivas et al., 2007).

De ahí la necesidad del estudio y la difusión no solo de la violencia de género en las parejas adultas, sino también en la edad objeto de estudio, y detectar mediante los estudios adecuados, los tipos, la prevalencia y los factores de riesgo; manejar esta información puede ser crucial para avanzar en la prevención en esta etapa crucial del desarrollo, como es la adolescencia, donde se forma la identidad y se inician las relaciones sentimentales, cuyo fruto se obtendrá en la etapa adulta.

Esta revisión bibliográfica tiene como objetivo final conocer la evidencia científica que existe actualmente acerca de los factores asociados a la violencia durante el noviazgo en adolescentes.

Método

Se realizó una búsqueda bibliográfica en bases de datos especializadas de artículos científicos (Psicodoc, Psycinfo, Psycarticles, Pubmed y Dialnet). Posteriormente se obtuvieron 49 artículos potencialmente interesantes para nuestro propósito. Los criterios de inclusión tenidos en cuenta para la elaboración de esta revisión bibliográfica fueron los siguientes: no incluir artículos anteriores al año 2000, época a partir de la cual se generalizaba el estudio de la violencia de género en adolescentes; optar por artículos escritos tanto en castellano como en inglés; artículos originales de revisiones sistemáticas, investigaciones cuantitativas, cualitativas y casos clínicos.

Los criterios de exclusión son: artículos que no nos proporcionan información relacionada con el objetivo de esta revisión bibliográfica, contenidos de referencias en "cartas al director" y similares por insuficiencia de peso científico, reseñas bibliográficas, artículos especiales o de colaboración, artículos de opinión o reflexión, y los citados anteriores al año 2000 o escritos en un idioma distinto a los aludidos, así como estudios realizados en países subdesarrollados, tanto por las diferencias culturales como por los diferentes estándares científicos y procedimentales.

Las palabras clave que pivotan en este trabajo han sido "violencia en la adolescencia", "violencia de género", "noviazgo", "gender violence", "dating violence", "factores de riesgo" y "prevalencia", fundamentalmente.

Resultados

En este apartado se ha recabado y dividido la información en; prevalencia, tipos de violencia de género y factores de riesgo, sin detenernos exclusivamente en la violencia de género, sino considerando la violencia en parejas adolescentes.

Prevalencia:

En prácticamente la mayoría de los estudios de prevalencia se han analizado tanto su perpetración, victimización o las dos circunstancias. Existen diferentes medidas de violencia en las relaciones afectivo-sexual del adolescente que pueden alterar las tasas de prevalencia. CTS2 (Conflict Tactics Scale) es el cuestionario más utilizado en las investigaciones con parejas adultas (Straus et al. 1996), mientras que el CADRI (Conflict in Adolescent Dating Relationships Inventory) es más específico para las relaciones con los adolescentes y no necesitaría ser adaptado en ese aspecto, además de estar diseñado específicamente para detectar subescalas de violencia en las parejas de adolescentes (Fernández, Fuertes y Pulido, 2006). En estudios anglosajones el CADRI ha mostrado alta fiabilidad y validez (Wolfe et al., 2001) e índices consistentes internos adecuados en estudios españoles. Las tasas de prevalencia de conductas violentas en las parejas jóvenes varían de unas investigaciones a otras y oscilan entre un 9% y un 38% del total (Fernandez, Wekerle y Goldstein, 2012)

En estudios internacionales los resultados indican la presencia de violencia en las relaciones afectivo-sexuales de adolescentes con cifras que oscilan entre el 9,5% y el 30% para violencia física, entre el 5% y el 15% para violencia sexual y entre el 16,2% y el 96,3% para violencia psicológica (Øverlien, 2009). Así pues, en general, los índices en parejas jóvenes es de 2 a 3 veces mayor que en parejas adultas ya casadas, si bien en la mayoría de los casos las consecuencias no son tan graves como en estos últimos. (Caruana, 2005). Observamos que en el mundo occidental entre el 17 y el 33 % de los adolescentes son víctimas de alguna forma de violencia por parte de su pareja. Además se eleva la cifra al 88% cuando se incluye la violencia verbal (Cornelius y Resseguie, 2007).

En Estados Unidos encontramos la mayor parte de los estudios, y las cifras no difieren en exceso de las obtenidas en países homologables social y culturalmente. En la misma línea, Silverman, Raj, Mucci y Hathaway (2001) hallaron una tasa del 20,2 y del 18%, respectivamente, de mujeres adolescentes víctimas de violencia física y sexual por parte de su pareja en dos estudios en los que se examinó la conducta de riesgo durante la adolescencia realizados en Massachussets (Estados Unidos) en 1997 y 1999; sin embargo el porcentaje mostrado en estudios de Howard y Wang (2003) respecto a la violencia física

por parte de su pareja, obtuvo un resultado que se corresponde con un 8,9 % tanto en el caso de los varones como de las mujeres.

Cuando se amplían el abanico de acciones violentas, la ratio de afectados, evidentemente se eleva, así Sears, Byers y Price (2007) encontraron que el 43% de los adolescentes y el 51% de las adolescentes de su estudio habían ejercido alguna conducta de maltrato físico, psicológico o sexual hacia su pareja. Combinando las respuestas ofrecidas por los jóvenes se concluye que el 35%, el 15% y el 17% de los varones habían realizado actos de violencia psicológica, física y sexual, respectivamente, mientras que un 47%, un 28% y un 5% de las mujeres habían ejecutado actos de la misma naturaleza en el mismo orden.

A la vista de lo expuesto se deduce que las mujeres ejercen más actos de violencia psicológica y física que los varones, si bien menos actos de violencia sexual que estos. A pesar de que en las muestras analizadas las chicas reportaron mayor perpetración de violencia en dos dimensiones, no se observan diferencias entre la victimización percibida de chicos y chicas en ninguna de las dimensiones analizadas, lo que parece indicar que los varones no se reconocen como víctimas de violencia. Furman et al. (2002) utilizaron el mismo instrumento para la medición, identificaron que más del 90% de la muestra evidenció haber sufrido y/o perpetrado este tipo de la agresión. Al analizar otras dimensiones incluidas en la violencia psicológica como comportamientos amenazantes y otros abusos, se obtuvieron cifras ligeramente inferiores. Además, a pesar de describirse a menudo como un tipo de violencia típicamente perpetrada por la mujer, los porcentajes de victimización y perpetración de violencia verbal eran muy cercanos tanto para chicos como para chicas, lo que indica que parece ser producido de una manera bidireccional en la relación (Kendra, Bell y Guimond, 2012). La frecuencia encontrada para la violencia sexual también fue mayor en comparación con otros estudios (Arriaga y Foshee, 2004). Como en la investigación de Lepistö et al. (2010), el ítem con mayor ocurrencia fue el acto de besar cuando el compañero no quiere, hecho concreto que por sí solo fue el responsable del gran incremento en el porcentaje para esta dimensión. Según los autores, el beso forzado se da con bastante frecuencia en las relaciones de cortejo o de "ligoteo", teniendo como escenario común las fiestas que atraen a audiencias jóvenes. Los autores hacen hincapié en que, aunque un "beso robado" puede ser parte de la etapa de descubrir en los adolescentes, el límite es borroso entre la experimentación y las prácticas violentas y coercitivas.

La literatura científica enfatiza que los chicos representan el mayor número en la autoría de la violencia sexual (Orpinas et al. 2013), si bien en su estudio no se observó diferencia significativa ni en la perpetración ni en la victimización sexual en términos de

género. En un estudio cualitativo de Feder et al. (2011), jóvenes encuestados también consideraron que la violencia sexual es cometida principalmente por hombres.

Encontramos escasez de estudios españoles que hablen de la violencia entre jóvenes pero González y Santana (2001), hallaron que el 7,5% de los chicos y el 7,1% de las chicas reconocieron haber pegado o empujado a su pareja en una o más ocasiones. En otro estudio más reciente, un número significativo de jóvenes españoles admiten también haber perpetrado algún tipo de agresión sexual en sus relaciones de pareja (Moreno, Estévez, Murgui y Musitu, 2009).

Como vemos, un aspecto interesante es la creciente violencia recíproca en jóvenes (un 5,9% de los hombres y un 4,4% de las mujeres), y cómo un 90% de estos admite que al menos verbalmente ha agredido a su pareja, siempre menos frecuente la física que la sexual, con cifras sensiblemente menores (Muñoz, Rivas et al., 2007)

Generalmente, el resto de investigaciones españolas han sido realizadas para validar el CADRI en su versión española, con datos similares al CADRI original.

Para terminar este apartado, buscamos exhaustivamente la existencia de estudios que diferencien los resultados entre parejas heterosexuales, homosexuales o bisexuales; sólo encontramos la investigación de Freedner, Freed, Yang y Austin (2002), quienes, a diferencia de los estudios anteriores, discriminaron la tendencia sexual de los participantes. Examinaron la prevalencia de violencia de 521 jóvenes, introduciendo los datos de orientación sexual, sexo y tipos de violencia que eventual, u ocasionalmente, habían sufrido en sus relaciones de noviazgo o en sus ligues. De los 171 varones participantes, el 59,1% se declararon gays, el 12,3% bisexuales y el 28,7 heterosexuales, mientras que el 23,7% de las mujeres se declararon lesbianas, el 36,6% bisexuales y el 39,7% heterosexuales. Su resultado fue: del 41,5% de todos los varones había sido objeto de violencia; en el caso de los gays la sufrió el 44,6%, el 57% en el caso de los bisexuales y el 28,6% en los heterosexuales, mientras que el 37,1% de todas las mujeres lo fue también; 43,45% de las lesbianas, el 38,3% de las bisexuales y el 32,4% de las heterosexuales.

Tipos de violencia:

Entre las formas más estudiadas y comunes de violencia se encuentran las físicas, sexuales y psicológicas (Fernández, Orgaz y Fuertes, 2011). Estas tres formas de violencia pueden aparecer conjuntamente o no, y en cualquier momento de la relación, es decir tanto al comienzo de esta como a lo largo de su transcurso (Center for Disease Control, 2006). Entre la violencia psicológica se incluye la verbal, que es la más recurrente y está normalizada entre los jóvenes. Este tipo de agresión se refleja en actitudes de hostilidad,

ridiculizaciones, celos extremos, excesivo control en la pareja, ironías e incluso llegando a humillar y amenazar y minando la autoestima de la víctima (Muñoz, Rivas et al., 2007). Como ya hemos visto, generalmente, la gravedad de la violencia en parejas de jóvenes adolescentes suele ser menor que en el caso de las parejas adultas, pero si analizamos las parejas maltratadas que han solicitado ayuda terapéutica nos encontramos que los más jóvenes, precisamente en la etapa de desarrollo de la personalidad, donde se forman sus ideas sobre la pareja, cuando pueden aparecer posibles problemas con la autoestima, es cuando, objetivamente, están expuestos a un mayor riesgo e impacto psicológico que las personas adultas (Sarasua, Zubizarreta, Echeburúa y Corral, 2007). Por último, la violencia psicológica, más recurrente en las parejas jóvenes, tiene un carácter predictivo de la agresión física posterior, cuando la pareja es adulta, se encuentra consolidada y con más antigüedad (Lewis y Fremouw, 2001).

La violencia física se puede definir como cualquier comportamiento que afecta a la integridad física de otra persona. Menéndez (2015) describe la lesión como la aparición de esguinces, hematomas, contusiones, fractura parcial de hueso u otro tipo de daño físico después de una pelea. Esto incluye pero no se limita a: rasguños, empujones, arrojamiento de objetos, morder, estrangular, tirar del pelo, golpear, quemar y el uso de armas o la fuerza física contra otro. También nos encontramos dentro de esta violencia la coerción sexual, que es el contacto sexual intencional en contra de la voluntad de la pareja o cualquier otra conducta que afecte negativamente a su sexualidad. La agresión psicológica o emocional se caracteriza por actos, amenazas, o tácticas coercitivas practicadas por el perpetrador, ya sea buscando la humillación, el control, prohibiciones, burlas o ataques a la autoestima, entre otras situaciones que causan daños al estado emocional y/o autoestima de los sujetos (Ferrer y Bosch, 2000).

Rey (2013), en una revisión de los artículos publicados desde 2000 hasta 2015, sobre el objeto de este trabajo, sugiere una tendencia que indica que la prevalencia de la violencia psicológica es siempre mayor que el de la violencia física y sexual, avalando definitivamente el dato de ser el tipo de abuso que aparece con más frecuencia en las parejas adolescentes.

Sobre la violencia física, la mayoría de los estudios analizados por los autores identificados arrojan porcentajes similares para chicos y chicas, aunque algunos de ellos sugieren que los chicos son más victimizados. Por otro lado, la literatura científica demuestra una alta prevalencia de chicas que sufren violencia sexual, en comparación con los chicos (Rey, 2013).

Reseñamos el estudio de Freedner et. al (2002), donde no se difirieron mucho los varones de las mujeres en relación con la violencia de control, emocional y física, aunque sí

a nivel de violencia sexual ya que las mujeres eran ligeramente más perjudicadas y más amenazas.

Factores de riesgo:

Experiencias parentales: Un estudio realizado por Martínez et al. (2009) en el que los participantes habían ejercido en mayor o menor medida algún tipo de violencia encontró, en relación con las experiencias de la familia de origen, un número significativo de adolescentes que reportaron victimización por violencia perpetrada por el padre o la madre, así como la exposición a la violencia interparental. Las experiencias de agresión en la familia de origen, ya sea como víctima o testigo, son fuertes predictores de la recurrencia de este patrón de interacción en las relaciones íntimas (Mrug y Windle, 2010). Aunque se considera que éste es uno de los principales factores para la ocurrencia de violencia entre parejas adolescentes, algunas excepciones son citadas en la literatura. En el estudio de Ackard, Eisenberg y Neumark-Sztainer (2007), la exposición al conflicto de los padres era un predictor de la agresividad en la datación de los chicos, pero no de las chicas. Una de las hipótesis desarrolladas por los autores es que las chicas que son testigos del conflicto parental son más sensibles a la situación, percibiéndola como un daño a la relación.

A nivel cognitivo, las atribuciones negativas sobre la pareja, sobre todo cuando vienen precedidas de una infancia desgraciada o de experiencias de pareja anteriores vividas con amargura, están también relacionadas con la perpetración de la violencia (Díaz, Aguado, 2006).

En una encuesta de datos con 917 adolescentes, informaron que la violencia fuera de la familia se estableció como una variable de riesgo más fuerte para la revictimización en las relaciones románticas que la violencia familiar, en la medida en que presentaba como variable moderadora entre las experiencias de violencia en la familia de origen y las relaciones afectivo-sexuales de los adolescentes (Corral y Calvete, 2006).

Experiencias con iguales: Carrie et al. (2010) destacan la influencia de los pares como el factor de riesgo más fuerte para la ocurrencia de agresión en parejas adolescentes. Según los estudios revisados por los autores, las relaciones entre pares pueden incluso superponerse a las influencias de los padres a través del papel fuerte que desempeñan en la adolescencia, en términos creencias y expectativas sobre las relaciones afectivo-sexuales en adolescentes. Para Forbes et al. (2006), las amistades con creencias pro-sociales reducen el riesgo de violencia en las relaciones amorosas de la parejas adolescentes, mientras que la presencia de agresión entre parejas de amigos aumenta esta posibilidad.

Personalidad: Determinadas variables de la personalidad hacen más probable la perpetración de conductas violentas como la impulsividad, la irascibilidad, la rigidez, la desconfianza, la alexitimia y la ausencia de empatía; la baja autoestima puede ser también un factor condicionante. En ocasiones la violencia contra la pareja es una violencia por compensación: el agresor intenta vencer sus frustraciones a costa de la persona más cercana y de la que puede ejercer control.

En otros casos la violencia sobre la pareja puede estar asociada a un déficit de habilidades sociales, a Los hombres muy dependientes pueden ser violentos por pánico al vacío si no dominan a su pareja o si ella les abandona. Para Wolfe et al. (2009) en uno y otro sexo la ira es la emoción facilitadora de las conductas violentas.

Variables psicopatológicas: Una variable predictora podemos decir por su factor desinhibidor sería el alcohol o las drogas. La ansiedad, celos patológicos o a trastornos de personalidad, como la psicopatía, incluso una dependencia emocional excesiva o el trastorno límite de personalidad, la depresión o cualquier tipo de patología pueden manifestarse en forma de irritabilidad y llegar a transformarse en conductas violentas (Muñoz, Gámez, Graña, y Fernández, 2010).

Discusión

Como síntesis de esta revisión bibliográfica podemos comenzar comentando la escasez de estudios en España sobre la violencia entre parejas adolescentes, siendo Estados Unidos el país que lidera la atención de los especialistas en este campo.

La utilización del CADRI, instrumento que se utiliza con frecuencia en estudios nacionales e internacionales sobre la violencia de género en las relaciones afectivo-sexuales de los adolescentes, brindó una oportunidad para investigar diferentes tipos de violencia a través de la percepción de los encuestados sobre la agresión que padecen. Además, hay que tener en cuenta que el instrumento parece ser bastante sensible a la ocurrencia de violencia. Considerando que la mayoría de los estudios orientados a evaluar la violencia afectivo-sexual en las relaciones adolescentes utilizan una metodología cuantitativa, se sugiere para futuros estudios abordar el tema de manera subjetiva y cualitativa para entender el fenómeno en profundidad (Benitez y Muñoz, 2012)

Con el dato de la prevalencia nos encontramos con mayores niveles de violencia y conductas violentas entre jóvenes parejas o "ligues" que entre personas adultas, matrimonios y parejas que conviven, además de que no se pueden medir con los mismos

parámetros (Amurrio et al. 2010). No obstante, estas actitudes tienen mayor peso específico en parejas adultas.

En la prevalencia encontramos grandes diferencias en los estudios que aportan datos sobre los porcentajes de violencia ejercidos o sufridos en las parejas de adolescentes, desde aquellos que aportan tasas medias de un 20% hasta estudios que afirman encontrar porcentaje de hasta el 90% (Furman et al. 2002)

Si nos centramos en los tipos de violencia, de forma indubitada los estudios los reconducen a tres tipos: psicológica, física y sexual; si bien es frecuente desagregarlas en subescalas como verbal, la coerción sexual o amenazas. Si nos referimos a la sexual todos los estudios coinciden en identificarla como la perpetrada mayormente por hombres al igual que la verbal, con excepción del estudio de Sears et.al (2007) en el cual la mujer tiene más actitudes violentas físicas y psicológicas, y en el de Howard y Wang (2003) que iguala los niveles de conductas violentas físicas entre hombres y mujeres.

Paradójicamente, un estudio español también iguala los porcentajes de violencia en pareja entre hombres y mujeres; y, por último, el único estudio de Freedner et.al (2002) que incluye datos de homosexuales y bisexuales no encuentra diferencias significativas entre parejas homosexuales, bisexuales y parejas heterosexuales.

La escasez de datos científicos confirma la necesidad de centrar la atención en este tipo de situaciones, ya que la evidencia demuestra que es un fenómeno frecuente entre los jóvenes estudiados, con el añadido de la fragilidad de las estrategias de manejo de conflictos en este rango de edad. Como era de esperar, la violencia psicológica, y más concretamente verbal, registró un mayor porcentaje en comparación con las otras formas de agresión (Cornelius y Resseguie, 2007). A pesar de que a menudo se trivializa sobre este tipo de violencia en los estudios con enfoque cualitativo, los adolescentes enfatizan que la violencia psicológica puede tener efectos duraderos y más severos que otras formas de violencia, como consecuencia del daño a la autoestima del sujeto (Levendosky et al. 2010)

De la misma manera, la violencia física mostró valores más altos en comparación con estudios previos, además de tener una perpetración significativamente mayor observada por las chicas (Levendosky et al. 2010). Contrariamente a esta posición, un hallazgo que se destaca en los estudios sobre violencia en las relaciones de pareja de adolescentes y adultos jóvenes es que las chicas muestran niveles similares o más altos de cometer abusos físicos, así como otros tipos de violencia (Ortega y Sánchez, 2008). Esta condición implica repensar cómo entendemos la agresión en las relaciones sexuales afectivas y las intervenciones dirigidas a estos casos. En la misma línea, (Archer, 2000) señaló que la violencia mutua parece ser más común que la violencia unilateral en las relaciones de pareja

de los adolescentes. Se reitera que los actos agresivos son más frecuentes cuando el otro compañero también es agresivo, lo que sugiere que esta reciprocidad contribuye a la escalada y continuidad de la violencia (Fernandez, Wekerle y Goldstein, 2012).

Además, los resultados ponen en relieve la violencia bidireccional como fenómeno, la superposición de los tipos de violencia y la influencia del grupo de pares en estas situaciones. La identificación de estas características refuerza la necesidad de ampliar los conocimientos sobre el tema, tanto en términos de investigación de factores individuales como contextuales; no estando limitado a las cuestiones de género, sino evaluando la violencia como un fenómeno multifacético de relaciones.

Entre los factores de riesgo vemos como es una variable el haber vivido situaciones violentas en los progenitores, ya sea como testigos o víctimas, aunque en algún estudio se manifieste que este hecho influye más a los chicos y sensibiliza en el tema a las chicas (Ackard, Eisenberg y Neumark-Sztainer, 2007). Carrie et. al (2010) le da más importancia a la influencia de los pares que a la parental. Muchos autores coinciden en la variable personalidad como gran influyente, donde la baja autoestima, la ira, los problemas de habilidades sociales y muchos otros juegan también su papel en la violencia de pareja. Los factores patológicos como celos patológicos, ansiedad o depresión que pueden derivar también de la variable personalidad es la última variable que analizamos

Se hace hincapié en la importancia de los profesionales de diversos campos del conocimiento para estar atentos a los signos de la ocurrencia de la violencia y no descartar como indicios ciertos comportamientos agresivos. Incidimos en el reto de manejar los casos en que la violencia ya está instalada y a menudo no es visible, destacando la importancia de las acciones preventivas encaminadas a desarrollar relaciones más sanas entre los jóvenes, y a estimular la búsqueda de ayuda en situaciones en las que los adolescentes tienen dificultades para gestionar los conflictos, evitando que se establezca un modelo disfuncional de resolverlos.

Considerando los datos obtenidos, advertimos algunas limitaciones de alcance en los estudios por la dificultad de medir la violencia psicológica; es difícil abordar este objeto de estudio con una encuesta específica para todos los trabajos; se requieren diferentes instrumentos e incluir otras variables para incluir los tipos de educación recibidos por los chicos que cometen violencia en la pareja y extenderlos a parejas homosexuales y bisexuales.

Un punto importante a destacar para futuras investigaciones es la Educación sexual, que no se recibe obligatoriamente en la edad adolescente ni temprana y podría ser un motor

para cambiar muchos estereotipos y luchar por la equidad entre hombres y mujeres, una herramienta para la prevención de violencia de género.

Referencias Bibliográficas

- Ackard, D. M., Eisenberg, M. E., & Neumark-Sztainer, D. (2007). Long-term impact of adolescent dating violence on the behavioral and psychological health of male and female youth. *Journal of Pediatrics*, 151(5), 476–481.
- Alytia A. Levendosky et al. (2010). Adolescent Peer Relationships and Mental Health Functioning in Families With Domestic Violence. *Journal of Clinical Child & Adolescent Psychology*, 31 (2).
- Amurrio, M., Larrinaga, A., Usategui, E. y Del Valle, A. (2010). Violencia de género en las relaciones de pareja de adolescentes y jóvenes de Bilbao. *Ekaina*, 47, 121-134.
- Archer (2000). Sex differences in aggression between heterosexual partners: A meta-analytic review. *Psychological Bulletin*, 126 (5), 651–680.
- Arriaga, X. B., & Foshee, V. A. (2004). Adolescent dating violence: Do adolescents follow in their friends', or their parents', footsteps?. *Journal of Interpersonal Violence*, 19 (2), 162–184.
- Benitez, J. L. y Muñoz, J.F. (2012). Factor Analysis of Scores CADRI in Spanish College Teenagers. *Univ. Psychol. Bogotá, Colombia*. 13(1). 175-186
- Bonino, L. (2004). Los micromachismos. *La Cibeles*. (2). 1-5.
- Browne, K. y Herbert, M. (1997). Preventing family violence. Chichester: John Wiley & Sons.
- Carrie A. Moylan et al. (2010). The Effects of Child Abuse and Exposure to Domestic Violence on Adolescent Internalizing and Externalizing Behavior Problems. *Journal of Family Violence*, 25, 53-63.
- Caruana, C. (2005). Family law update: Changes to Federal family law and State domestic violence legislation. *Family Matters*, 70, Autumn, 66-67.
- Center for Disease Control (2006). Dating abuse fact sheet. Recuperado de <http://www.cdc.gov/ncipc/dvp/DatingViolence.htm>.
- Cornelius, T. L. & Resseguie, N. (2007). Primary and secondary prevention programs for dating violence: A review of the literature. *Aggression and Violent Behavior*, 12, 364–375.

- Corral, S. y Calvete, E. (2006). Evaluación de la violencia en las relaciones de pareja mediante las Escalas de Tácticas para Conflictos: estructura factorial y diferencias de género en jóvenes. *Psicología Conductual*, 14 (2), 215-233.
- Díaz-Aguado, M.J. (2006). Sexismo, violencia de género y acoso escolar. Propuestas para una prevención integral de la violencia. *Revista de Estudios de Juventud*, 73, 38-57.
- Elboj, C., Flecha, A. y Íñiguez, T. (2009). Modelos de atracción y elección de la población adolescente y su relación con la violencia de género. Propuesta para su prevención en base a los principios metodológicos de las comunidades de aprendizaje. *Contextos educativos*, 12, 95-114.
- Feder, G. et al. (2011). Identification and Referral to Improve Safety (IRIS) of women experiencing domestic violence with a primary care training and support programme: a cluster randomised controlled trial. *Lancet*, 378 (9805), 1788-1795.
- Fernández, A., Orgaz, B., y Fuertes, A. (2011). Características del comportamiento agresivo en las parejas de los adolescentes españoles. *Behavioral Psychology*, 19, 501-522.
- Fernández-Fuertes, A. A., Fuertes, A. y Pulido, R. F. (2006). Evaluación de la violencia en las relaciones de pareja de los adolescentes. Validación del Conflict in Adolescent Dating Relationships Inventory (CADRI) versión española. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 6(2), 339-358
- Fernandez-Gonzalez L., Wekerle C., Goldstein A. L. (2012). Measuring adolescent dating violence: Development of "conflict in adolescent dating relationships inventory" short form. *Advances in Mental Health*, 11, 35-54
- Ferrer, V. y Bosch, E. (2000). Violencia de género y misoginia: Reflexiones psicosociales sobre un posible factor explicativo. *Papeles Del Psicólogo*, 75.
- Ferrer, V. y Bosch, E., Ramis, M., Torres, G. y Navarro, G. (2006). La violencia contra las mujeres en la pareja: creencias y actitudes en estudiantes universitarios/as, *Psicothema*, 18, 359-366.
- Forbes, G. B., Adams-Curtis, L. E., Pakalka, A. H., & White, K. B. (2006). Dating aggression, sexual coercion, and aggression-supporting attitudes among college men as a function of participating in aggressive high school sports. *Violence Against Women*, 12(5), 441–455
- Freedner, N., Freed, L. H., Yang, W. & Austin, S. B. (2002). Dating violence among gay, lesbian, and bisexual adolescents: Results from a community survey. *Journal of Adolescent Health*, 31, 469-474.

- Furman, W., Simon, V. A., Shaffer, L., y Bouchev, H. (2002). Adolescents' working models and styles for relationships with parents, friends, and romantic partners. *Child Dev*, 73 (1), 241-255.
- González, R. y Santana, J.D. (2001). La violencia en parejas jóvenes. *Psicothema*, 13, 127-131.
- Kendra, R., Bell, K. y Guimond, J. (2012). The impact of child abuse history, PTSD symptoms, and anger arousal on dating violence perpetration among college women. *Journal of Family Violence*, 27, 165-175
- Lepistö, S. et al. (2010). Witnessing and experiencing domestic violence: a descriptive study of adolescents. *Scandinavian Journal of Caring Sciences*, 25 (1).
- Lewis, S. F., y Fremouw, W. (2001). Dating violence: A critical review of the literature. *Clin Psychol Rev.*, 21 (1), 105-127.
- Organización Mundial de la Salud (2002). Informe mundial sobre la violencia y la salud (588). Recuperado de apps.who.int/iris/bitstream/10665/112670/1/9275315884_spa.pdf
- Martínez, B., Murgui, S., Musitu, G. y Monreal, M. (2008). El rol del apoyo parental, las actitudes hacia la escuela y la autoestima en la violencia escolar en adolescentes. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 8, 679-692.
- Martinez, C. et al. (2009). Resilience Among Children Exposed to Domestic Violence: The Role of Risk and Protective Factors. *Child Development*, 80 (2).
- Menéndez, E. (2015). *Violencia de género y su evaluación psicológico-forense. Estudio de caso* (Trabajo Fin de Grado). Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.
- Milosavljevic, V. (2007). Estadísticas para la equidad de género. Magnitudes y tendencias en América Latina. Santiago de Chile: ONU.
- Moreno, D., Estévez, E., Murgui, S. y Musitu, G. (2009). Reputación social y violencia relacional en adolescentes: el rol de la soledad, la autoestima y la satisfacción vital. *Psicothema*, 22, 537-542.
- Mrug, S., Windle, M. (2010). Prospective effects of violence exposure across multiple contexts on early adolescents' internalizing and externalizing problems. *The Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 51, (8).
- Muñoz, B., Ortega-Rivera, F. y Sánchez, V. (2013). El DaViPoP: un programa de prevención de violencia en el cortejo y las parejas adolescentes. *Apuntes de Psicología*, 31, (2), 215-224.

- Muñoz, M., Gámez, M., Graña, J., y Fernández, L. (2010). Violencia en el noviazgo y consumo de alcohol y drogas ilegales entre adolescentes y jóvenes españoles, *Adicciones*, 22 (2), 125-133.
- Muñoz-Rivas, M. J., Graña, J. L., O'Leary, K. D. y González, M. P. (2007). Physical and psychological aggression in dating relationships in Spanish university students. *Psicothema*, 19 (1), 102-107.
- Orpinas P., Hsieh H., Song X., Holland K., Nahapetyan L. (2013). Trajectories of physical dating violence from middle to high school: Association with relationship quality and acceptability of aggression. *Journal of Youth and Adolescence*, 42, 551-565
- Ortega, R., Ortega, J. y Sánchez, V. (2008). Violencia sexual entre compañeros y violencia en parejas adolescentes. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 8 (1), 63-72.
- Øverlien, C. (2009). Children Exposed to Domestic Violence. Conclusions from the Literature and Challenges Ahead. *Journal of Social Work*, 10, (1).
- Pazos, M., Oliva, A., y Hernando, A. (2014). Violencia en relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes, *Revista latinoamericana de psicología*, 46 (3).
- Rey, C.A. (2008). Prevalencia, factores de riesgo y problemáticas asociadas con la violencia en el noviazgo: una revisión de la literatura. *Avances en psicología latinoamericana*, 26.
- Rey, C.A. (2013). Prevalencia y tipos de maltrato en el noviazgo en adolescentes y adultos jóvenes. *Terapia Psicológica*, 31 (2).
- Rodríguez Franco, L., Antuña, M. A. y Rodríguez, F. J. (2001). Psicología y violencia doméstica: Un nuevo reto hacia un viejo problema. *Acta Colombiana de Psicología*, 6, 67-76.
- Sarasua, B., Zubizarreta, I., Echeburúa, E y Corral, P. (2007). Perfil psicopatológico diferencial de las víctimas de violencia de pareja en función de la edad. *Psicothema*, 19, 459-466.
- Sears, H. A., Byers, E. S. & Price, E. L. (2007). The co-occurrence of adolescent boys' and girls' use of psychologically, physically, and sexually abusive behaviours in their dating relationships. *Journal of Adolescence*, 30, 487-504.
- Silverman, J. et al. (2009). Dating Violence Against Adolescent Girls and Associated Substance Use, Unhealthy Weight Control, Sexual Risk Behavior, Pregnancy, and Suicidality. *JAMA*, 286, 572-579.

Weisz, A. N., Tolman, R. M., Callahan, M. R., Saunders, D. G. y Black, B. M. (2007). Informal helpers' responses when adolescents tell them about dating violence or romantic relationship problems. *Journal of Adolescence*, 30 (5), 853-858.

Wolfe, D.A. et al. (2009). A School-Based Program to Prevent Adolescent Dating Violence. *Archives of Pediatrics and Adolescent Medicine*, 163, 692-699.

